



LA ESTRUCTURA ECONOMICA DE LA IGLESIA

Un lector de Madrid, Tomás Rodríguez, me escribió en noviembre haciendo una crítica del aspecto jurídico y económico que tiene actualmente la Iglesia, y al cual no he contestado directamente.

Ahora lo hago, a pesar de que en los artículos de ese mismo mes de noviembre quedaban contestadas la mayoría de sus preguntas. Pero me interesa aclarar una cuestión: la de lo avanzado y lo conservador de la estructura que tiene el catolicismo actual.

Leña en estos días dos libros que esencialmente vienen a decir lo mismo. El uno es *La Descomposición del Catolicismo*, por el francés Padre Louis Bouyer, y el otro, *Sinceridad y Veracidad*, del germano Hans Küng. Ambos publicados en España por la misma Editorial Herder.

Lo curioso —para el imparcial observador— es que el Padre Bouyer es un conservador, y Küng es un sacerdote progresivo, quizá uno de los teólogos más progresistas entre los que hacen papel de primeras figuras. Y, sin embargo, en los dos libros se hace una crítica muy parecida de la estructura humana de la Iglesia. Los dos arremeten contra la estructura de poder económico, o de presión jurídica o intelectual, que todavía perdura en ella, y, no obstante, el uno —repito— es conservador y el otro progresivo.

¿Qué quiere decir esto? Que la simple crítica de los defectos humanos de la Iglesia no es señal de avance o de retroceso, porque el progresismo y el integrismo de nuestra Iglesia se parecen mucho más de lo que sus seguidores piensan. Por eso, a esta ingenua oposición de grupos eclesiales le aplica el Padre Bouyer este comentario inteligente: «Si hay algo cierto en el *estructuralismo* contemporáneo, es que el espíritu humano de nuestro tiempo, así como el de todos los que lo han precedido, trabaja dentro de marcos que ha heredado y de los que no puede evadirse, como uno no puede tampoco saltar fuera de su sombra. Todavía más profundamente, las psicologías profundas nos han advertido que los que creen suprimir su pasado para emanciparse de él, no hacen más que reprimirlo en vano. Refugiado en el subsuelo de nuestra personalidad, corroe sus bases y nos veda todo desarrollo verdadero. Habría que comenzar por reconocerlo francamente para que comience el verdadero presente, donde el futuro se construye libremente». (L. Bouyer: *La Descomposición del Catolicismo*, Ed. Herder, 1969.)

Lo importante para el avanzado no es propiamente la crítica, puesto que en ella puede igualarse con el que no lo es, como vemos en el ejemplo de estos dos autores católicos. Lo decisivo es el cambio, la transformación —en la Iglesia y fuera de ella— hacia estructuras radicalmente más humanas y más justas. Y para conseguir eso no existe nada más que un solo criterio: el de la eficacia, a la luz de la experiencia y de las técnicas sociológicas, y no el de las simples reacciones ingenuas, por aparentemente radicales que parezcan. Y eso es lo que he intentado expresar en algunos de mis últimos artículos.

Un teólogo católico tradicional como Bouyer critica así la estructura económico-material de la Iglesia con la misma fuerza que pudiera hacerlo el más progresista. Y un periódico como *The Economist*, en su número del 27 de marzo de 1965, sacó a relucir las inversiones económicas del Vaticano, a pesar de su moderación capitalista.

Echemos, por eso, una ojeada hacia esta estructura material del catolicismo, utilizando las palabras mismas del Padre Bouyer, cuyo libro fue citado laudatoriamente por el Papa Pablo VI en su alocución del 2 de abril de 1969. «No cabe duda —dice este teólogo— de que habíamos heredado de la época barroca no sólo una concepción de la Iglesia y de su jerarquía, dominada por la noción medieval tardía de poder, sino también un espíritu de ostentación, a decir verdad más propio de advenedizos que de regio y señorial talante... Todos los príncipes de la Iglesia lo habían adoptado como el estilo que se les imponía, aunque personalmente fueran personas muy sencillas... y parecían incapaces de evitar aquella atmósfera de Corte. La hinchazón progresiva de los tratamientos era por sí sola reveladora: "reverendos" hasta el siglo XVII, habían venido a ser "reverendísimos"... Otro tanto se diga de la indumentaria...» (o. c.).

«La pobreza es tan importante en el cristianismo que los religiosos tuvieron siempre en ella la función reconocida de dar testimonio de la misma con un radicalismo ejemplar. Pero

sería una perogrullada recordar que su género de vida, en la mayoría de los casos, hoy y desde hace tiempo, es mucho menos pobre que el de la mayoría del llamado *clero secular*, y representa más bien el nivel medio de una buena burguesía, libre y confortable... Uno de los más célebres moralistas católicos... cifra la pobreza religiosa en la renuncia a la propiedad individual, y no en el uso de posesiones colectivas, sean les que fueren. Y un docto teólogo... tuvo a bien explicarme... que el voto de pobreza honra por sí mismo a Dios mucho más y mucho mejor que cualquier práctica concreta de la pobreza material... El lujo por las construcciones fastuosas e inútiles (generalmente abominables como Lisieux o Nazaret); el estilo de vida de los eclesiásticos de alto rango; las tarifas que rigen actos culturales, y en particular las dispensas, no son sino pequeños pecados en comparación con males más profundos y más ocultos...» (L. Bouyer, obra citada.)

No es un avanzado —como podrían esperar los ingenuos progresistas católicos— quien hace esta crítica descarnada del catolicismo mundial actual: es un teólogo tradicional. Y también es una revista seria y ponderada, *The Economist*, la que descubre una cosa que cualquiera con un poco de buen sentido hubiese podido deducir fácilmente: los valores que posee el Vaticano. En la fecha que antes indiqué, decía esta publicación, de amplia difusión en todo el mundo: «Los más prudentes estiman que es razonable calcular que a través de todo el mundo el Vaticano tiene acciones que suman el equivalente, o más, de dos mil millones de libras esterlinas, y la décima parte es italiana. Por eso el Vaticano es un poder financiero internacional de gran envergadura». (*The Economist*, 27 marzo 1965.)

Sin embargo, esta publicación no hace ninguna demagogia de esto, sino que explica que «lo que no es gastado en Roma mismo se canaliza hacia las diócesis y comarcas pobres donde trabajan los misioneros, los cuales necesitan grandes cantidades de capital, mucho mayor de lo que los misioneros coleccionan a través del mundo...», y, por eso, la Santa Sede está obligada frecuentemente a desprenderse de parte de este capital para poder atender a todos estos gastos» (o. c.).

Lo que tendríamos que discutir, como hace el teólogo conservador Louis Bouyer, es que a pesar de la adecuada inversión misionera de los intereses, o de parte de este capital, todo ello revela que la estructura humana eclesiástica se ha influido demasiado por nuestra civilización capitalista, dando como resultado un escaso testimonio de cara al mundo, y una vinculación hacia estructuras de poder que le impiden la suficiente independencia, y esa inversión misionera de tal poder económico en países o regiones necesitados es, por eso, en gran parte ineficaz.

Pero lo más interesante no es conocer esto, que al fin y al cabo es ya «vox populi». Sino, a la hora de la reforma radical de estas estructuras, lo que debemos procurar es impedir el mal de fondo que ha producido esto. Como critica Bouyer: «En la reacción contra la anarquía eclesiástica de la Reforma, una nueva eclesiología... aparecerá repentinamente como la única eclesiología posible. Esta eclesiología, que es quizá el elemento más típico del catolicismo posttridentino, no será prácticamente sino una eclesiología de poder» (o. c.).

Y ya sabemos lo que nos advirtió el inteligente historiador católico Lord Acton con drástica frase: «El poder, corrompe; y el poder absoluto, corrompe absolutamente». Frase que no, por ser violenta en su expresión, debía ser olvidada a la hora de las reformas eclesiales. Lo que quería decir es que toda gran institución fácilmente se convierte en un grupo de poder y de presión, y a la estructura de base humana (no sólo económica, sino también jurídica, administrativa e intelectual) del catolicismo, sobre todo después del siglo XVI, le ha ocurrido en buena parte esto, a juzgar por lo que dicen a unas personas tan progresistas como el teólogo Hans Küng, o tan tradicionales como el teólogo Louis Bouyer.

Lo importante es impedir que el catolicismo se convierta en el futuro en una nueva estructura de poder, en una gran institución; porque eso llevaría a olvidar que el cristianismo es vida y servicio ejemplar a los demás, y no una gran central administrativa.

Yo, por eso, me quiero situar —en estos últimos tiempos— no en el progresismo ni en el conservadurismo, sino más allá de ellos, yendo al fondo de los males religiosos y sociales de nuestra época, aunque esto pueda parecer menos demagógico. Pero las demagogias —no se olvide— nunca hicieron las verdaderas transformaciones sociales, sino ir al fondo, a la raíz de las cosas, como quería ayer Marx, y hoy Marcuse, por poner el ejemplo de dos no-creyentes bien conocidos.